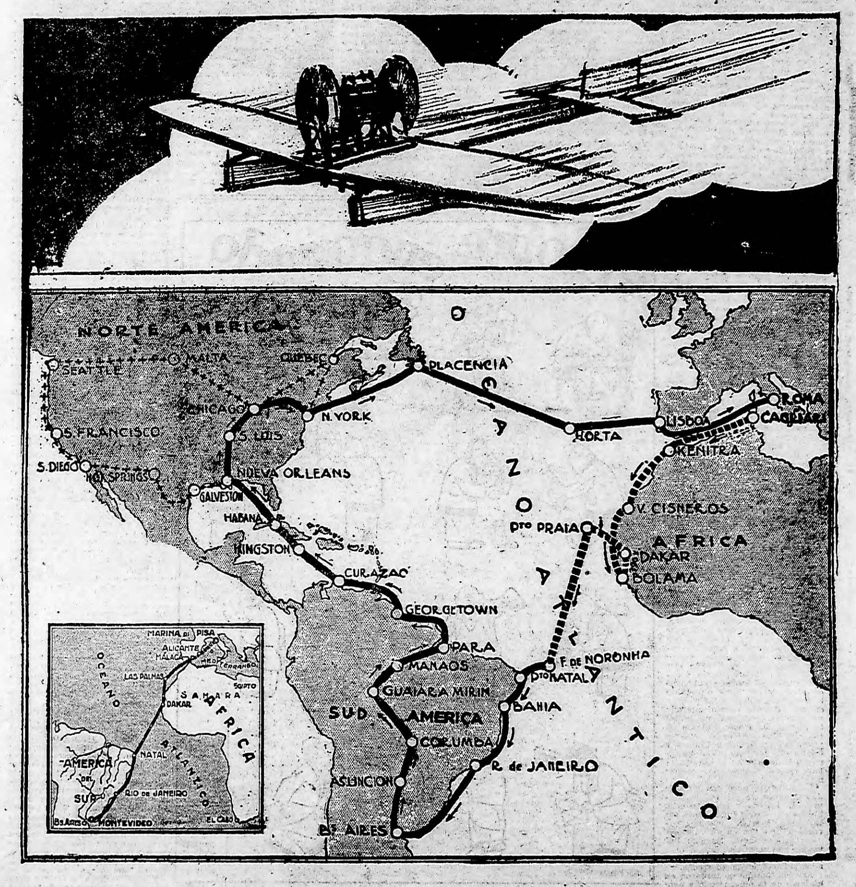
Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 23 de Febrero de 1927 No. 76



Los pibes pueden darse cabal cuenta de lo que importa la hazaña de De Pinedo, observando el itinerario de su "raid", que abarca tres continentes y que aquí reproducimos. Al costado: el "raid del piloto uruglayo Larré Borges.

EL HADA DE LOS LIRIOS

por Halys F. Vale

L que nació y se crió pobre, se pasa la vida esperando lo que nunca vendrá, y a pesar de ello es feliz esto es esperanza. La humanidad toda sabe que únicamente viviendo se aprende: porque la vida misma: la que nos envía a conocerla, cuando una ilusión se desvanece y se sufren desencantos soñados; esto es experiencia.

¡Qué cara es! Y ahí tienes, querido hijo, contestadas las dos preguntas de tu carta: qué es esperanza y qué es experiencia. Estoy muy conforme con tus clasificaciones, y recibe la bendición de tu padre.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas al leer ese papel amarillento, encontrado entre otros en un cajón de su escritorio, final de una carta que le escribiera su padre cuando cursaba sus estudios primarios en un internado. Suspiró hondamente y exclamó: "¡Qué cara es!"

Empezaron a desfilar en su mente como en un film, una serie de gratos y encantados recuerdos de su infancia. Soñaba despierto.

En esos instantes penetra en la estancia su adorable sobrinita, huérfana desde poco tiempo, y que era su hija de adopción. Interrumpe su dulce sueño y dice, abrazándole:

—Tío querido: me prometiste que me darías un premio si me portaba bien y no lloraba preguntándote por mamá, que se ha ido de viaje sin despedirse, y que aseguras que volverá pronto.

—Sí, tesorito. Siéntate y te contaré un cuento.

—Bueno, pero que no sea triste, porque desde que no veo a mamita siento ganas de llorar.

La besa con cariño, suspira y comienza así:

—Pues señor, érase que se era una princesita bella y rubia como un ángel. Asómbrate si se llamaba como tú: Margot. Un día partieron sus padres para lejanas tierras, y dejaron a Margot solita.

—¿Cómo, solita?

—Es decir, solita no ,porque la dejaron con la madrina que era un hada, muy bella y bondadosa, y la llamaban el hada de los lirios.

—¿Por qué ,tío?

Porque habitaba en un precioso bosquecillo cuya vegetación constituían lirios y helechos.

—¡Qué lindo!

—Una mañana la pequeña Margot, que se aburría, en el alcázar de madreperla y cristal de roca, donde vivía su buena madrina, aprovechando que ésta había partido en su carroza construída con pétalos de lirios y gotas de rocío, tirada por las, más hermosas mariposas de nieve y oro, salió del encantado palacio. Atravesó extensos campos cubiertos de blanquísimos lirios que tanto le gustaban, y llegó a las puertas de una fastuosa ciudad, que ella no conocía, pero que no la intimidaron. De pronto vinieron hacia ella tres preciosas mujeres envueltas en flotantes túnicas y tejidas con los más primorosas y perfumadas flores; se aproximaban riendo y cantando alegremente.

La niña las miró con curiosidad. "Somos, le dijeron, la Alegría, la Pureza y la Inocencia. Siempre pasamos fugazmente para todo mortal, que nos encuentra una vez en su camino.

—¡Oh!, exclamó Margot: llevadme con vosotras.

—No es posible. Sólo podemos acompañarte un corto trecho.

Así fué, porque no tardaron en alejarse de la niña, riendo y cantando como lo hacen las avecillas en los bosques, cuando se posan en las copas de los limoneros en flor.

Margot continuó su marcha errabunda, y vió una mujer desgreñada, pálida, cubierta con un manto negro, que la detuvo con gesto imperativo.

—Soy, le dijo, la amiga inseparable de todo el género humano. Mi fidelidad es tal, que visito amenudo a todos los seres del universo, sin distinción de edades, sexos ni clases sociales. Para ofrecerles mi amargo ósculo, lo mismo trabo conocimiento con la más lozana juventud que con la ancianidad, y no hago distingos entre nobles y plebeyos, necios y discretos, ricos ni pobres.

—Pero quién eres, preguntó la niña asombrada.

—Como aun no me conoces, te diré mi nombre. Soy la que nunca te abandonará en tu camino desde hoy. Me llamo el Dolor...

Ydesde aquel día cruel y aciago...

—¿Qué pasó tío?

—La adorable pequeñita comenzó a sufrir...

Cómo Viven los Niños de Otras Razas

En la Polinesia—

Entre los lugares más típicos e interesantes de Oceanía cuéntanse los tres archipiélagos de la Polinesia oriental, es decir, Samoa, las islas de Sotavento y las islas Marquesas. Samoa es un verdadero paraíso y ocurre lo que en todos estos paraísos que la gente, lo mismo viejos que niños, son unos holgazanes de marca mayor, que se pasan la vida bañándose, jugando en el agua, correteando por los bosques y hartándose de comer cerdo asado bajo las cenizas, que es el plato obligado de todos los festines. Las familias samoanas son muy cariñosas con los etrxanjeros, y los niños muy simpáticos. No creáis que tienen nada de salvajes: la civilización ha penetrado bastante para que se vean por los caminos muchas jovencitas montadas en bicicletas, y, en cuanto al vestido usan unas túnicas adornadas con puntillas, como las niñas de un pueblo europeo. Los chicos llevan una especie de camison, y cuando son mayorcitos usan pantalones como unos hombres.

—Por lo que va usted contando, tío Manuel, no parece que abundan muchos en el mundo los salvajes feroces — apuntó Juanita.

—El mundo es muy grande, sobrinita, y hay espacio para todo, pero sí es cierto que la civilización se va extendiendo mucho, en mayor o menor grado, y que hoy no se encuentran pueblos salvajes tan numerosos como hace un siglo o dos. Sin embargo, los hay todavía que hacen bastantes barbaridades — respondió don Manuel —. El carácter general de los habitantes de las islas de Sotavento es taciturno, y hasta los pequeños tienen tendencia a pasarse horas enteras sentados en actitud meditabunda, excepto los sábados que es el día destinado a ir en busca de comida, y suben a la montaña para volver cargados de racimos de plátanos silvestres. En estas excursiones tomas parte los niños que bajan al poblado con su correspondiente carga. Esta es casi su comida exclusiva, pues su única variación consiste en algún bonito que pescan con el arpón, si el pez tiene a bien ponerse a tiro cerca del caserío, porque eso de embarcarse y salir a pescar, es cosa que no está en el ánimo de esta gente tan calmosa. La diversión principal de chicos y grandes es charlar y contarse cuentos. Yo tuve ocasión de tratar una mujer muy gorda, que parecía una gigante, y que se decía descendiente de los antiguos reyes de la Isla, que me dijo que las islas de Sotavento eran grandes lunas caídas del cielo, lunas que, en otros tiempos, miraban a los habitantes de Taití con caras humanas, cosa que les daba mucho miedo. Pero, haciendo retumbar la bóveda celeste, Taoroa consiguió desprenderlas y precipitarlas al mar, circunstancia por la que el archipiélago y especialmente la isla de Raiatea gozan de gran prestigio mitológico. Allí se constituyó una poderosa secta cuyo templo pavimentado de losas de coral, se conserva todavía, y en el que los sacerdotes estrangulaban niños para conjurar los maleficios.

—¡Qué bárbaros! — exclamó, aterrado, Paquito.

—No te preocupes ,hombre — dijo don Manuel —. A mí me hizo mucha gracia el caso, porque, de seguro, no era más que un cuento. Ahora, los indígenas de aquellas islas tiene a gala poseer muchos hijos adoptivos. La mujer que os digo tenía un par de docenas, y a todos los mimaba y los quería. Por cierto que en las niñas polinesias se observa un fenómeno muy curioso. De inteligencia sorprendente, hasta los quince años se asimilan muy bien la educación europea, pero, llegadas a dicha edad, se detiene la evolución intelectual y no hay medio de hacerlas aprender nada nuevo. Y ahora — concluyó don Manuel —, vamos a darnos una vuelta por

Papúa a Nueva Guinea

—Ah, sí — dijo Pepito sin poder reprimir su afán de demostrar sus conocimientos geográficos —. Es la más importante de la Melanesia, y su superficie viene a ser la de Francia e Italia reunidas. Se la tenían repartida los franceses, los alemanes y los ingleses.

—Muy bien dicho — dijo el marino—. Yo sólo voy a hablaros de la parte inglesa, porque es la que visité en mis tiempos. Lo primero que hice allí, después de trabar amistad con los indígenas, cosa bastante difícil, porque son muy desconfiados, fué tomar parte en un gran festín, cuyo único plato era un crustáceo llamado konu, parecido a la langosta, pero de muy mal sabor y peor olor para nuestros sentidos europeos. En el festín estaban sentados todos los individuos de la tribu, incluso las mujeres y los niños, y todos comían ferozmente como si tuvieran el estómago de goma. Se pasaron todo un día y toda una noche comiento, y había que ver los chiquillos con el vientre hinchado y dando voces porque el jefe quería que comiésemos unos cuantos cerdos asados.

—¡Cualquiera mantiene a un chico de aquel país! — exclamó Juanita.

—Pues yo los conozco bastante tragones — repuso Pepito, aludiendo a Paco, que no se veía harto.

——Cuando nos marchamos de habíamos dado. En otra tribu más interior llamamos grandemente la atención y causamos el espanto de la gente menuda al desnudarnos. Creían que nos quiaquella tribu, nos acompañaron largo rato las mujeres con sus criaturas, esperando que les diésemos más regalos de los que les tábamos la piel y que la ropa formaba parte de nuestro cuerpo, por lo cual nos llamaron desde el primer momento "los hombres que se despellejan". A pesar de todo, pudiendo más la curiosidad que el miedo, los chicos se nos acercaban para tocarnos, y de paso robaban todo lo que encontraban por delante, sobre todo en la cocina, donde nuestro cocinero Alí pasó las grandes fatigas para que los chicos no nos dejasen sin almuerzo. Dos chicuelos, de seis a ocho años, se apoderaron de un bote lleno de sal y se la comían a puñados como si fuera azúcar.

el sobre engomado

Lo que le sucedió a don Aquilino al tratar de franquear una carta con un sobre demasiado engomado.

EL GRAN PROBLEMA DE LAS ISLAS KUKAY


AS islas "Kukay", si hemos de creer a ciertos exploradores (cosa siempre expuesta), se encuentran entre los 10 grados de longitud Oeste y los 40 grados... de calor continuo.

Colocadas en plena línea ecuatorial, arden estas rojas islas al sol del trópico, cociéndose como langostas en las calientes aguas del océano.

Los salvajes que las habitan, llamados "kukis" o "kukayos", son unos feroces negros antropófagos, tan dados al amor, que sus únicos piropos, dirigidos a las hermosas "kukayas", son aquellos de "negra mía", y "me la comería a usted" (¡claro que pronunciados en lengua "kuki", aún desconocida en el Centro de Estudios Históricos y Filológicos).

Estos terribles "kukis", a pesar de su ferocidad y de su afición al requiebro, son hombres sosos en extremo. Nada de particular tiene que carezcan de gracia estos negros, que por habitar en pleno Ecuador se ven privados de tener "sombra".

Respecto a sus costumbres, son poco más o menos las mismas que practican otros conocidos antropófagos de la "Geografía Canibal". Los hábitos de los "kukis" (harto escasos, ya que van siempre medio desnudos) fueron estudiados por míster Steevison, último explorador devorado en tan hospitalarias islas, quien dejó escritas unas "Memorias" en el libro de cocina de aquellos salvajes, entre una receta de "pierna de yanqui, con salsa inglesa" y otra de "menudillos del país". (¡Menudo país para que Belluga se diese por él una vueltecita!)

Según tales "Memorias", la fauna y la flora "kukayas" son exuberantes, si bien en bichos y plantas se nota con exceso la influencia del calor.

Por toda la isla se da el café, el tabaco y el coco. Pero el café está hirviendo, el tabaco arde (¡que ya es suerte!) y el agua de los cocos parece agua de un termosifón.

¡Claro es que el desarrollo de las especies botánicas es sorprendente! Las "cañas" se vuelven lanzas; los "nopales" eclipsan el sol, y hay cada "pita" que parece que está toreando el "Gallo".



Con los animales sucede cosa parecida. La influencia de las altas temperaturas sobre algunos de ellos es palmaria.

La calentura del león en los bosques "kukis" es de cuarenta grados y nueve décimas. Los elefantes se asfixian, sin conseguir que el aire fresco penetre por sus trompas; las "boas" están en desuso, y se asan los pájaros. Las únicas que están contentas en aquel fuego son las "llamas".

Pero con ser todo esto curioso, lo más divertido que míster Steevison cuenta en sus "Memorias" es lo referente a la vida municipal que hacen aquellos salvajes.

Su constitución política se parece algo a la nuestra. Desde luego, los "caciques" abundan por los poblados, y el cargo de alcalde existe allí como en Europa.

Todos los años, aquellos buenos antropófagos eligen alcalde al "kuki" más "kuki" de todos los "kukis". "Una vez nombrado —dice míster Steevison—, los ancianos de la tribu presentan al alcalde el "libro de los grandes problemas" que afectan a la vida de las islas.

Estos problemas vienen a ser los mismos que agitan hoy a los municipios de las capitales europeas. El de la vivienda, el del agua, el de la luz, el de las subsistencias, etc., etc.

Para los "kukis", el problema de la vivienda es sencillo de resolver. Con cuatro cañas se construyen "casa aparte", apenas se sienten estrechos en la choza paterna. Y en la isla existen más "cañas" que en una juerga andaluza. Otras veces, los "kukis" habitan las piraguas que poseen en las orillas de los ríos, y en ellas viven felices. (¡Feliz aquel que tiene su casa a flote, su casa a flote!) No existe, por tanto, en las islas "Kukay" el problema de "buscar piso", ya que, en último caso, aquellos inquilinos salvajes viven al aire libre, o en el río, tan ricamente como pudiesen vivir en nuestra Gran Vía, en un suntuoso "principal". ¡Bien es verdad que a ellos les presta la Naturaleza "calefacción" y "cuarto de baño" gratis! A pesar de tratarse de un país de "kukis", los caseros no se conocen, y el problema de la vivienda no es tal problema.

Tampoco el de la luz tiene gran importancia. Los negros, sienten cierta simpatía por la obscuridad. No bien llega la noche se confunden con el paisaje, y de este modo, siendo invisibles, hacen cada "gatada" que asusta. Algunos, sin embargo, se suelen "alumbrar" con... ron de "La Negrita"; pero hay que confesar que son los menos. En ciertas aldeas "kukayas" existe la costumbre de encender una tea a las cinco de la tarde, cuando va a ponerse el sol. (Es lo que míster Steevison —como buen inglés— llamó en sus "Memorias" "five o clok tea" o "tea de las cinco".) También suelen valerse los "kukis" de cierto "aceite de coco" para el alumbrado de sus chozas. A esto se debe que allí los chiquillos no teman a la obscuridad, pues saben perfectamente que cuando se llevan la luz es cuando se ha ido el coco.

Nada más de este asunto nos cuenta el explorador sajón. Es de suponer que en los días actuales el estado luminoso de las islas haya progresado. ¡Quizá haya llegado allí el alumbrado eléctrico! ¡Quién sabe si a estas horas los "kukis" conocen ya la "bombilla!"...

Pero dejemos las hipótesis para volver a los problemas reales que preocupan a los habitantes de aquellas islas.

Y ¡vamos al agua! Por fortuna para los alcaldes kukayos, no se les presentó jamás la ocasión de municipalizar los canales. Ni Santillana ni Isabel II son conocidos por aquellas latitudes, donde maldita la falta que hacen. Los pobres "kukis" se lavan, en la estación de las lluvias, con el agua que el cielo les envía, y ya no se vuelven a lavar en ninguna otra ocasión, ni "apeadero". Las mujeres friegan, en los grandes lagos, los cacharros de la comida, y cuando su aldea no está a la orilla de algún río o lago, entonces los lavan con saliva. No existen "conducciones" de agua, ni "contadores", ni, lo que es más raro en país de tantas cañas, "cañerías"... ¡Pueblos así da gusto administrarlos! Y no hablemos del problema del vestido, porque ese es allí un problema "mínimo". Con un presupuesto de diez "plumas" por taparrabo sobra "tela"... ¡Y falta tela.) A creer las "notas" que míster Steevison dejó escritas, las islas "Kukay", hasta el año 21, vivían en el mejor de los archipiélagos posibles...

¿Era realmente así?...

Hasta la época en que el explorador fué devorado, así era. Pero los tiempos han cambiado mucho. Y hoy, con la agudización del problema de las subsistencias, en todas partes cuecen habas. (En todas partes, menos en un país de antropófagos).

El gran problema de las islas "Kukay", digámoslo pronto, aunque con terror, es el ¡problema de la carne!...

La antropofagia de los "kukis" necesita en abundancia carne de hombres. Y es el caso que los viajeros y exploradores disminuyen cada día, en vista de la suerte corrida por sus audaces antecesores. De otro lado, los "kukis" no se devoran entre sí porque "no se gustan". Ya hemos dicho que son muy sosos; y aunque algunos "gourmets" de la isla han pretendido "aderezar" a los indígenas con sal y canela, lo cierto es que no resultan apetitosos. La carne de salvaje "kaki" es negra, fibrosa y dura de cocer... Son precisos hombres de otros países, y el gran problema isleño está en la escasez de viajeros exóticos que por allí recalan. Al que llega, se le comen en seguida, eso sí; pero... ¡llegan tan pocos!... Esto es lo verdaderamente grave. De aquí la gran importancia que para aquellos alcaldes tiene la llamada "atracción de forasteros"... Y a ella han ido diferentes veces.

Varios "programas" confeccionaron los "caciquillos" rurales, sin gran éxito, por cierto. Y eso que no se limitaron a anunciar grandes iluminaciones, carreras de cebras, regatas de piraguas y partidos de campeonato en el campo del "Cocodrilo F. C." Fueron más lejos; ofrecieron "primas" y hasta primas hermanas a los visitantes que tuvieran el gusto de arribar al país, concediéndoles gratis los billetes de "ida y vuelta".

Nada consiguieron. Los forasteros no acudían ni atados.

Uno de los alcaldes tuvo una idea. Anunció en cierta revista "Kuki", parecida al "Blanco y Negro", y titulada como es natural, "El negro solo", la existencia de grandes yacimientos de oro en el interior del país. La revista publicaba los retratos de algunas Pepitas auríferas, más o menos oxigenadas. Y no paraba ahí la inventiva del cacique "kuki". También hacía saber que en las costas de aquellas islas abundaban de tal modo las perlas que se vendían los collares, "de tres vueltas", a treinta céntimos; es decir a diez céntimos la "vuelta" (más barato que en el "Tío Vivo").

Repartida por el mundo la buena nueva, empezaron a llegar gentes de todos los países: ingleses sobre todo. En cuanto se supo en Londres que las islas "Kukay" eran ricas en oro, un sin fin de banqueros formaron "sociedades" de esas de "Fulano and Company" y enviaron barcos llenos de obreros sanos y robustos. Hasta que se descubrió el "truco", los "kukis" se dieron una de "rosbif" a la inglesa, que se relamían de gusto. Cargamentos enteros de emigrantes eran transportados a las hogueras y servidos calentitos. Fué un verdadero banquete sin "brindis, magnesio ni comisión organizadora" al diez por ciento. Menos parroquianos acudieron a lo de las perlas. Unos cuantos chinos, algunos de los cuales pudieron escapar (y son los que hoy contemplamos por las esquinas de Madrid) picaron en el anzuelo. Estos hijos del Celeste Imperio fueron comidos con arroz o servidos en salsa amarilla.

Terminado el "stok" de forasteros, el problema tornó a surgir con caracteres más terribles. Los últimos viajeros, conservados en salazón, fueron distribuídos por "raciones" que llegaron a costar veinte "cólmis", moneda del país, fabricada con marfil de elefante y equivalente a dos billetes de mil "francos" de los emitidos en Hungría.

En apuro tal se vieron los antropófagos con la escasez de carne, que empezaron a murmurar entre sí y a tirarse bocados los unos a los otros; y todos al alcalde.

Por la negra mente de éste cruzó una idea luminosa. Mandó aparejar todas las canoas y piraguas que en las costas anclaban. Embarcó en ellas gran cantidad de gentes greseras, de esas que con tanta facilidad "meten el remo". Después nombró capitán de la flota a un valiente. Y llamándole a su choza le dió en secreto unas órdenes reservadas...

A los diez días la escuadra mercante salió con rumbo desconocido, y a decir verdad con muy poco rumbo, ya que el presupuesto votado para el viaje no llegaba a cien "cólmis"... ("¡Lo cual" era el colmi!).

Años y años pasaron sin que los barcos regresaran al país...

¿Dónde habían ido?...

¡Nada menos que a Groenlandia!... ¡Cerca del Polo Norte!...

Un cargamento de esquimales desembarcaron con alegría, aunque algo sofocados, en las islas "Kukay". Al principio no lo pasaron mal; pero bien pronto vieron que sus pequeños cuerpos estaban destinados al sacrificio.

Una vez degollados, eran expendidos en las aldeas, a bajo precio. Su carne, aunque no muy agradable, resolvía el problema.

El pueblo recorrió las calles y las plazas tocando alegres músicas.

Las "calabazas" y los "huecos troncos" de los árboles sonaban en honor del alcalde.

¡Realmente, su idea había sido genial!...

El gran problema de las islas "Kukay" estaba resuelto...

¿Cómo?...

Por medio de las carnes "congeladas".

¡Vivan los alcaldes "kukis!"

EL "CONCURSO DE LA LINEA"



He aquí al más original y novedoso de los pasatiempos. Consiste en aprovechar una línea dada para hacer figuras tales como las que aparecen en la ilustración. La línea dada es la gruesa. Para estimular a nuestros lectores, organizamos un concurso, con la línea que aparece en la parte superior y a la derecha. Los seis mejores dibujos recibirán como premio un cuento, ilustrado en colores. Las respuestas deben venir a CRITICA PARA LOS PIBES; Concurso de la línea; Sarmiento Nº 1546.

ANA, LA HILANDERA

Mamá, cuéntanos un cuento, pero un cuento lindo que no hayamos oído nunca.

—Bueno, hijitas mías. ¿Conocen la historia de Ana la hilandera?

—Yo, no; yo tampoco — gritaron a un tiempo varias voces infantiles.

—Pues bien; escuchen entonces:

—Hace muchos años, cuando los pájaros hablaban y las flores tenían un alma, vivía en un pueblito una hilandera que era tenida por la más hábil entre sus compañeras de labor. Pero si era la más hábil y trabajadora era también la más pobre, y su cabaña, una miserable vivienda, amenazaba derrumbarse al primer soplo de viento. El frío y la lluvia entraban por las rendijas, y muchas veces, tiritando se acercaba a un pobre fuego hecho con restos de leña recogida en el bosque.

—"Ven a divertirte con nosotras — le decían sus amiguitas, cuando riendo y cantando, pasaban frente a la cabaña. — Pero Ana les mostraba a su abuelita paralítica, inmóvil, desde largos años, en su sillón de paja.

—"¿Quién la cuidará si yo salgo? ¿Quién atenderá a mis hermanitos? No, amigas mías, no puedo divertirme hoy; otra vez será.

Y resignada a perder unos momentos de alegría, se ponía a hilar con mayor ahinco para terminar su tarea.

Una tarde de invierno, en que la nieve caía a grandes copos, se oyeron unos golpes a la puerta de la choza. Ana dejó su rueca y se dirigió a abrir. En el umbral apareció un pobre viejo de larga barba blanca, con aire de extrema fatiga, los pies ensangrentados a causa del largo camino recorrido y con los vestidos convertidos en harapos manchados de lodo.

—"Hija mía — le dijo el mendigo, — por amor de Dios déjame descansar aquí un momento. Ana llena de compasión, hizo entrar al anciano, sentándole junto al fuego; limpióle el rostro y las manos y le dió a beber una taza de leche caliente.

—"Aquí somos pobres, díjole, pero hay techo y un pedazo de pan para el tiempo que quiera quedarse.

—"Gracias, gracias; dormiré un rato junto al fuego. ¡Tengo tanto frío!

—Ana le hizo una cama de paja seca al lado de la chimenea.

Después de la frugal cena, cuando todos reposaban, se levantó Ana para continuar su interrumpido trabajo. Encendió la luz, y su sorpresa no tuvo límites al ver la cama de paja vacía. Miró asombrada alrededor. El mendigo se había ido misteriosamente. Extrañada y sin explicarse la huída, la joven sentóse a hilar. Pero ni bien empezó a torcer el hilo, se detuvo. Habíase convertido en hilo de oro y todo el copo brillaba resplandeciente. Iba a dar un grito de terror, cuando oyó en su oído una voz dulce que decía:

—"Aquí está la recompensa de tu acción.

"Ana aturdida, empezó a hilar, bendiciendo, desde el fondo de su corazón, al generoso anciano. A la mañana siguiente, Ana había hilado un enorme mantón de oro, que apartó a toda su familia de la pobreza".

PARECIDO DE FAMILIA

—¿Y a quién se parece el bebé?

—Tiene los ojos de mi mujer y mi nariz. Pero no acierto a comprender de quién ha heredado la voz. A no ser que sea de la sirena de nuestro auto...

EN LA ESCUELA DE AGRICULTURA

El maestro. — ¿Cuál es la mejor ocasión para cosechar las almendras?

El alumno. — Pues cuando no está el amo del huerto.

EL CUENTO SIN FINAL

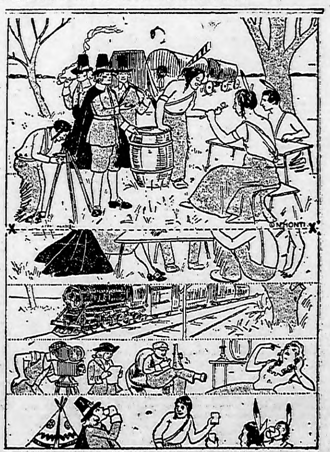
Semanalmente se publica un cuento sin final, quedando a cargo de los pibes escribirlo. La mejor composición recibe una libra esterlina de premio. Las respuestas deben venir dirigidas a "Concurso del final", CRITICA PARA LOS PIBES, Sarmiento 1546.

HACE mucho tiempo era una vez un rey y una reina que tenían una hija. Un día la hija salió al jardín a pasear. De repente vino una tormenta que la arrastró consigo. La tormenta había sido producida por el pájaro de las nueve cabezas, que robó a la princesa y se la llevó a su cueva. El rey no sabía adónde había ido su hija y así mandó pregonar por todo el país: "El que me devuelva a la princesa, se casará con ella".

Un muchacho había visto al pájaro cuando se llevaba a la hija del rey a su cueva. Pero la cueva estaba en la mitad de una roca muy alta y muy lisa. No se podía subir a ella desde abajo, ni bajar desde arriba. Cuando el muchacho andaba dando vueltas alrededor de la roca, llegó un hombre que le preguntó qué hacía allí. El muchacho le contó que el pájaro de las nueve cabezas había robado a la hija del rey y la había metido en su cueva. El hombre, entonces halló un buen remedio. Llamó a sus amigos y entre todos bajaron al muchacho a la cueva en su cesto. Cuando el muchacho entró en la cueva, vió a la hija del rey sentada lavándole las heridas al pájaro de las nueve cabezas. El perro del cielo le había arrancado de un mordisco la décima cabeza, y la herida seguía sangrando. Cuando la princesa vió al joven, le hizo señas de que se escondiese. Este lo hizo así. El pájaro se sintió tan bien, cuando la hija del rey le hubo lavado y vendado la herida, que sus nueve cabezas se durmieron una tras otra. Entonces el joven salió del escondrijo y con su espada le cortó todas las cabezas. Luego sacó fuera de la cueva a la hija del rey y quiso que subiese en el cesto. La hija del rey dijo: "Sería mejor que subieses tú primero y yo después". "No — dijo el joven — yo quiero esperar aquí abajo hasta que tú estés en seguridad".

Al principio, la hija del rey no accedía; pero acabó por dejarse convencer y subió en el cesto. Pero antes, se quitó de la cabeza una horquilla, la partió en dos, le dió al muchacho una de las mitades y se quedó con la otra. También le dió la mitad de su pañuelo de seda, recomendándole mucho que guardase bien las dos cosas. Cuando el hombre que estaba arriba hubo subido a la hija del rey, se la llevó consigo y dejó al muchacho en la cueva, a pesar de sus ruegos y súplicas.

El muchacho se quedó solo en la cueva y empezó a recorrerla. Al cabo de un rato vió a muchas doncellas que habían sido robadas por el pájaro y se habían muerto de hambre. El la pared había un pez clavado con cuatro clavos. Al tocarle, se transformó en un hermoso mancebo que le dió las gracias por haberle salvado. Ambos se juraron fraternidad eterna. Poco a poco fué sintiendo el joven un hambre rabiosa. Salió afuera en busca de alimento; pero no había más que piedras. En esto vió de pronto un dragón que lamía una piedra. El joven hizo lo mismo y al punto sintió saciada su hambre. Le preguntó al dragón que cómo podría arreglárselas para salir de esa cueva. El dragón inclinó la cabeza hasta su cola y le hizo señas de que se sentase encima. El joven se sentó en la cola del dragón y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en la tierra. El dragón había desaparecido. Siguió andando y encontró una concha de tortuga llena de perlas hermosas.



Cada vez que se dobla este dibujo por las líneas de puntos, ofrece una nueva visión del conjunto. Para hacer la prueba, los pibes deben recortar la ilustración, pues de lo contrario, la operación resulta difícil.

HISTORIA DE UN CUADRO DE VIOLETAS

BRILLABA el mes de enero con un esplendos extraordinario.

Mucho tiempo hacía que el cielo no había tenido un había tenido un azulado tan puro, ni el sol había despedido un calor tan intenso. Pasábanse los días y las noches sin que viniese a refrigerar la tierra sedienta y abrasada, ni un pequeño chaparrón, ni una gota de rocío; sin que la menor nubecilla recorriese el horizonte u oscureciese su celaje purpurino; y sin que la más ligera niebla o el menor vapor empañase los rayos del sol durante el día, ni durante la noche, el brillo y fulguroso resplandor de las estrellas.

La naturaleza se hallaba envuelta y como sumida en una especie de vapor o profundo entorpecimiento.

Las hojas de los árboles cargadas con un polvo abrasador colgaban marchitas y casi muertas a lo largo de las ramas; la yerba casi seca y amarillenta se inclinaba tristemente hacia la tierra; las flores habían perdido su lozanía y sus perfumes; y los arroyos agotados no ofrecían a la vista más que un surco de arena o de pedruscos; muy raros eran los insectos que se atrevían a salir de sus rendijas y escondrijos subterráneos para presentarse sobre un suelo árido. Todo parecía hallarse padeciendo una sofocación mortal, una angustia indescriptible.

II

En medio de esta desolación general producida por los no interrumpidos ardores de la estación, las plantas y flores de un jardín no se apercibían de ella. Favorecidas, y reanimadas por la lluvia bienhechora que les enviaba cada día la regadera del jardinero, se abrían, ostentaban sus matices y se sonreían a la luz del sol como si el verano no fuese para ellas más que una continuada o prolongada primavera.

Algunos cuadros de violetas de Parma sobre todo, plantados en el medio del jardín, llamaban la atención por sus suaves colores y su aspecto floreciente. Ellas solas embalsamaban con su perfume delicioso casi todo el jardín, se recreaba la vista en verlas en sus nidos de verde follaje, con sus rabitos erguidos, sus corolas abiertas, y su vivaz lozanía. Aquel plantío, rodeado de menudo césped, en el que prodigaban estas modestas plantas sus flores embalsamadas, era un sitio delicioso y atractivo, del que se separaba con pena y casi con envidia al verlas tan frescas, tan lozanas, tan verdes y tan llenas de vida.

III

En efecto, felices y dichosas eran estas plantas en medio de todas sus otras hermanas que perecían a millares al lado de ellas, víctimas del calor y la sequía. Pero al verlas, no parecía sino que estas humildes flores comprendían su dicha; así, cuando la regadera del jardinero venía cada tarde a refrescarlas distribuyéndoles, con el agua bienhechora, nuevo caudal de fuerzas, de frescura y de vida; ellas pagaban este beneficio redoblando sus aromas, y esparciéndolos por el aire, como una acción de gracias, y una recompensa del cuidado que se tenía con ellas. Con impaciencia y con ansia esperaban siempre aquel dichoso momento, porque a pesar de su cubierta de follaje, y a pesar de lo que se cuidaba de conservar en su plantío una humedad refrigerante, como el calor era tan intenso, y el aire tan seco, sus florecitas se hallaban siempre sedientas a la caída de la tarde, y sino fueran entonces visitadas por la refrigerante regadera, al día siguiente habrían sufrido la misma suerte fatal de sus compañeras, esto es, habrían perecido.

Así sucedía que desde que ellas apercibían a lo lejos al hombre que las cuidaba cargado con el contingente de líquido que les traía, se enderezaban sus tallos y se estremecían como si fuesen agitadas por un suave céfiro, y luego inclinándose, para empaparse bien en la beneficiosa lluvia, la bebían con avidez y delicias y se sentían felices.

IV

Una tarde, llegada la hora de la visita acostumbrada, les pareció que ésta se retardaba un poco. Admiradas al principio, e inquietas después, las violetas se alarman, se enderezan, levantan sus tallos, las cabezas, y miran, y ven al jardinero a cierta distancia, el cual, con su regadera en la mano, hace la distribución de agua acostumbrada cada día; este bienhechor tan deseado llega tan cerca de ellas, que hasta se oye el ruido del agua que cae a chorros sobre sus compañeras y esto las tranquiliza. Pero por un inexplicable e inconcebible descuido, el jardinero parece que se olvida del plantío alarmado e inquieto. En efecto, pasa al lado de las humildes florecitas, se aleja en otra dirección y ya no vuelve a vérsele... ¡Se ha olvidado de las pobres violetas!



Consternadas, entonces, con semejante abandono, inclinan sus cabezas, y creen que ha llegado la hora de su muerte.

—"¡Morir nosotras! exclama una de ellas; ¿y por qué? Mañana volverán a regarnos de nuevo, y con la humedad que conservamos todavía, bien podemos vivir hasta mañana."

Un gemido desconsolador les responde. Las pobrecitas flores no se sienten ya con el valor necesario para resistir el mal que las consume. El suelo es abrasador al redor de ellas, y ya empieza a secarse la savia de sus tallos menos fuertes.

La noche, sin embargo, les procura un poco de alivio en su agonía, y las reanima algún tanto dándoles algunas fuerzas para resistir los ardores del día siguiente. Renace un poco su esperanza, y no sin haber pasado largas horas de calor llegan al fin, a la hora en que acostumbra venir el jardinero. ¡Oh! ¡Cuán sedientas están de recibir el vivificante chorro de la regadera que va a devolverles sus apagados colores y hacer renacer sus deliciosos perfumes, próximos a extinguirse para siempre!

¡Ah! el jardinero pasa este día al lado de ellas, descuidando el regarlas, como había hecho en el antecedente, esto es, dejándolas en el mayor olvido, y las pobrecitas en su desesperación, caen mustias y moribundas por tierra.

V

De repente se levanta un viento furibundo acompañado por fuertes y espesos torbellinos de polvo que hacen la atmósfera más insoportable y sofocante; parece que se respira fuego; pero también al mismo tiempo, se amontonan en el cielo grandes nubarrones, cuyo color oscuro hace presumir que encierran en su seno torrentes de lluvia que van a descargar sobre la tierra abrasada y sedienta; lluvia bienhechora ansiada hacía tan largo tiempo. Un inmenso velo negro se extiende por todo el horizonte; se oye retumbar a lo lejos el trueno, empiezan a caer gruesas gotas como el preludio de una espantosa tormenta acompañada de una lluvia abundantísima. ¡Oh! ¡Qué dicha tan inesperada para las moribundas florecitas, y cómo van a refrigerarse con el agua del cielo!

Mas redóblase la violencia del viento, y éste empuja delante de sí aquellos nubarrones que encerraban tan consoladoras esperanzas en su seno, y a estas nubes suceden otras nubes con una rapidez vertiginosa, y ya no se siente caer sobre la tierra la menor gota de agua.

De esta manera se pasó la noche entera. Las nubes por último se disiparon, se apaciguó el viento y volvió a aparecer el sol, cuyos ardientes rayos abrasaban toda la campiña, que aquella pasada noche ni había recibido una lágrima de rocío, como en las noches precedentes.

¡Desesperado es el estado en que se encuentran las pobres violetas! Ya no circula por sus delicadas fibras la savia que les da la vida y que las alimenta. El viento, cubriéndolas con un polvo abrasador las ha puesto mustias y marchitas; ya no tienen ni aroma ni verdor, y amarillentas sus hojas, y secos sus pétalos se van perdiendo una a una y caen en tierra empolvadas, distinguiéndose apenas en



medio de ellas, sus flores descoloridas.

VI

Una de ellas sin embargo, se mantenía viva y erguida en medio de aquél plantío ahora tan desolado, y antes tan fresco, tan aromático y florido. Esta era la pequeña violeta que había sido la primera en protestar contra el desaliento de sus compañeras; y con todo, el calor y la sed no la consumían menos que a aquéllas; pero con ánimo esforzado y varonil resistía a la acción exterminadora de la sequía. Mientras que sus hermanas se dejaban abrumar con el peso de su infortunio, ella presentaba todavía un aspecto de frescura y de vida. En tanto que ella sentía en sí el menor vigor, erguía lo más alto que podía sus pálidas hojas, abría los botones y pimpollos que le habían quedado en sus tallos, y exhalaba algún perfume; con el auxilio de la brisa se desembarazaba y sacudía el polvo de sus hojas que le era tan mortífero, y, sobre todo, hacía penetrar sus raíces lo más profundo que podía, para ir a buscar en el seno de la tierra un poco de frescura y de humedad de que la superficie carecía, renovando por aquel medio la savia que vivifica. Lucha, en fin, del modo que puede luchar contra el fatal destino una simple florecilla, y contra el desaliento que es causa, muchas veces, de una suerte adversa. ¿Quién sabe? quizás antes que haya consumido toda su energía, llamará la atención, fijará la vista en ella el olvidadizo y descuidado jardinero, y entonces se verá salvada y recibirá la recompensa de su animosas energías.

VII

Dos días enteros hacía ya que el cuadro de violetas no había sido regado. En el tercer día se repitieron las mismas angustias, se aumentó el desaliento y se renovaron las mismas esperanzas que se hallaron penetradas de nuevo. No parecía sino que el jardinero ignoraba que el cuadro de violetas existía.

A la caída de la tarde de este tercer día, las pobres flores abandonadas no presentaban ya apariencia de vida, a excepción de nuestra animosa amiga; ni aun sabían, las desgraciadas, aprovecharse de la frescura de la noche. Poco les importaba ya que ésta fuese húmeda, o caluroso el día.

Aquella suave lluvia que destilan las estrellas y envían a la tierra durante los grandes calores solares; lluvia que se encuentra por la mañana en forma de perlas cristalinas que reflejan los brillantes colores del arco iris sobre todas las flores y las plantas, no les servía de ningún alivio. Al contrario, cayendo sobre sus hojas marchitas, había producido en la tierra que las cubría, y en la que no podía respirar, una costra dura que las ahogaba; y las pobres violetas secas, con su savia agotada y sus hojas pálidas y ennegrecidas, se confundían a primera vista con el terruño en que yacían, y no ofrecían ya más que un conjunto de yerbas secas o podridas.

Su compañera, mientras tanto, había bebido y aspirado el bienhechor rocío de la noche; se había bañado, por decir así, en él; esta humedad refrigerante recogida y extendida por todas sus fibras y sus poros, le había hecho adquirir nuevos jugos, y había rejuvenecido su follaje. Este socorro, sin embargo, era bien poca cosa, atendida la urgente necesidad en que se hallaba; pero era lo suficiente para que pudiese prolongar su existencia algún día, o por lo menos algunas horas más que sus compañeras; y lejos de abatirse como éstas y de decir como ellas: "¡Para qué nos sirve eso, si al fin es preciso morir!" decía al contrario "Esforcémonos a prolongar nuestra existencia, que quizás venga el socorro cuando menos se espere".

La aurora la encontró al día siguiente con estas disposiciones animosas, resuelta a tentar la última prueba. Pero, ¡cuán devorador y largo le pareció ese día! ¡cuántas veces, a pesar del corto alivio que había recibido por la noche, estuvo para sucumbir la pobre planta! Iba desfalleciendo, y su débil respiro se iba extinguiendo de momento en momento. Lo único que ella anhelaba era el poder resistir hasta el fin del día, sostenida por la vaga esperanza de que el jardinero se acordaría de ella, y vendría a socorrerla; ¡se necesitaba tan poco para verse salvada! Bastaba un capricho, un ligero accidente, una bagatela; y la pobre flor agonizante esperaba, y esperaba siempre; y parecía que esta esperanza persistente le daba nuevas fuerzas y vida.

VIII

Por último, llegó el supremo momento; la infeliz desfallece: allá a lo lejos se vé a aquél de quien depende su existencia. Exhala, a manera de ruego y de suspiro, su último aliento perfumado.

Y el jardinero que pasaba en este momento no lejos de aquel sitio, se para, dirige la vista hacia el plantío de violetas, y al verlas en tan mísero estado, exclama:

"¡Ah pobrecitas! ¡Qué desgracia! ¡Me había olvidado de vosotras!"

Y en seguida derrama sobre las flores marchitas toda el agua que su regadera contenía; pero el plantío de las muertas violetas no puede aprovecharse ya de este socorro tardío, solamente nuestra amiga, se reanima, resucita, por decir así, al sentirse bañada por el benéfico líquido. Se endereza, pone sus tallos erguidos, y sus flores recobran su acostumbrado perfume, mientras que sus compañeras yacen en el lodo.

Al ver el jardinero que conserva todavía sus colores, limpia sus hojas con cuidado, mulle la tierra que la rodea y la riega de nuevo, y arrancando las otras plantas cuyas hojas y flores se hallan tan mustias y marchitas, las arroja al estercolero en donde acaban de podrirse.

"¡Bah! si no están enteramente muertas, tampoco valen gran cosa, dice."

Al contrario, la que había sobrevivido a sus pusilámines compañeras, se ve transplantada, cuidada con esmero por el jardinero que la rodea de otras nuevas compañeras, y se esfuerza por volverle su antigua frescura y sus colores.

En efecto, ella agradecida no tarda en recobrar todo su vigor y su belleza antiguos: renueva sus hojas y sus flores y no vuelve a verse descuidada ni olvidada habiendo salido victoriosa de esta terrible prueba en la que la esperanza y su fuerza de voluntad y de ánimo la habían sostenido; y desde entonces vivió tanto como puede vivir naturalmente una violeta.

He aquí, pues, cómo concluyen siempre, y he ahí lo que les sucede a aquellos que, en la fortuna adversa tienen confianza en sí mismos y en la Providencia. Al fin, ésta premia su fe y su esperanza, y los favorece.

KAKATUKAN (Conclusión)

Y el Rey se dedicó al negocio, respetado por sus súbditos, cada uno de los cuales, desde el advenimiento del Kakatukán, había tenido sus más y sus menos. Matilde llevaba los libros, hacía factura y no lo pasaba del todo mal. Felisa, convertida en máquina, estaba en la tienda y atraía a no pocos parroquianos, que solían llevar a sus chiquillos para que los pobres inocentes echasen una moneda, que el aya recompensaba con un regaño. ¡Hay padres que son capaces de cualquier cosa! La Princesa iba a sentarse al jardín con el Kakatukán,y Matilde iba todas las tardes a jugar con ella. Pero un día en que el Rey había ido en coche a otro reino, el otro Rey de aquel reino se asómó a una de las ventanas de su palacio, y cuando el Rey pasaba, se echó a reír y le gritó:

—¡Carnicero!

No reparó en tal cosa el Carnicero-Rey, que, aunque rudo, era honrado. Pero cuando el otro Rey se puso a gritale:

—¿A cómo está la carne de gato? — sintió mucha pena, porque la carne que vendía era siempre de calidad superior. Cuando se lo contó a Matilde, ella le dijo:

—Mande un ejército que le aniquile.

Mandó el Rey su ejército y el enemigo fué aniquilado. El pájaro se rió de nuevo, el Rey volvió a ocupar su trono, y con la risa desapareció la tienda de carnicero, en el momento mismo en que Su Majestad decretaba un día de fiesta nacional y organizaba un magnífico recibimiento para sus tropas. Matilde ayudó al Rey a disponerlo todo. Gozaba con deleite el placer hasta entonces desconocido de sentirse inteligente, y se irritó sobremanera al oír la risa del Kakatukán en cuanto el recibimiento estuvo perfectamente organizado. Se rió el avechucho, y la fiesta nacional se convirtió en un impuesto sobre la renta; la recepción espléndida, en una reprimenda de padre y muy señor mío, y el ejército, de repente, en una alborotada escuela dominical de chiquillos que estuvieron gritando y haciendo diabluras hasta que les dieron bollos y los llevaron a casa con riendas.

—Hay que tomar una determinación — dijo el Rey.

—Sí — contestó Matilde —; he pensado que me nombre aya de la Princesa, a ver si puedo hacer algo. Ahora me siento muy inteligente.

—Para ello he de abrir el Parlamento — contestó el Rey—; es asunto constitucional.

Y fuese corriendo para abrir el Parlamento en seguida, pero el pájaro asomó la cabeza y se echó a reír cuando el pasaba. Corría él, y su linda corona aumentó de tamaño, se hizo de hierro, y sus piedras se volvieron trozos de vidrio del peor gusto. El terciopelo y el armiño de su traje se cambiaron en franela y piel de conejo. El cetro se alargó, hasta medir veinte pies, y se hizo tan pesado que no podía con él. Pero él persistió en su propósito.

—No hay pájaro — exclamó — que me desvíe de mi deber y de mi Parlamento.

Tan agitado estaba cuando llegó, que no pudo dar con la llave a propósito para abrir el Senado; echó a perder la ceradura, y ante la imposibilidad de abrirlo, todos los miembros del Parlamento saliero npor las calles echando discursos y entorpeciendo gravemente el tráfico.

El pobre Rey volvió a su casa y se echó a llorar.

—Esto es demasiado, Matilde —dijo—. Siempre me has consolado. A mi lado estuviste mientras fuí carnicero; tú llevabas los libros, tú apuntabas los encargos; tú ordenabas las existencias. Si eres inteligente de veras, ha llegado el momento de que hagas algo por mí. Si no lo haces, me retiro de los negocios, y dejo la corona. Me haré carnicero en cualquier parte y buscaré otra muchacha que me lleve los libros.

Aquello decidió a Matilde, que le habló así:

—Bien está, señor; déjeme rondar, de noche, a ver si descubro lo que hace reír al Kakatukán; si lo consigo, trataremos de que no vuelva a ocurrir, sea lo que fuere.

—¡Ay! —exclamó el pobre rey—, ¡si lo lograras!...

Aquella noche, cuando Matilde se fué a la cama, no se durmió. Esperó, acostada, a que el palacio estuviese en silencio, y después, deslizándose con suavidad gatuna, salió a los jardines, donde estaba la jaula del Kakatukán y se ocultó detrás de unos rosales, a observar y escuchar. Nada ocurrió hasta la hora del alba, en que se despertó el Kakatukán. Pero cuando el sol aparecía redondo y cuando brillaba sobre la techumbre del palacio, alguien se acercó deslizándose con suavidad ratonil; parecía vara y media de cinta blanca que se arrastrase, y era la princesa en persona.

Pausadamente llegó hasta la jaula y, escurrióse entre los barrotes; muy juntos estaban, pero vara y media de cinta blanca bien puede pasar por entre los hierros de una jaula de pájaro, sea del tamaño que sea. Llegándose la princesa adonde estaba el Kakatukán, le hizo cosquillas debajo de las alas, hasta que soltó una risotada. Luego, rápida como el pensamiento, la princesa se volvió a deslizar a través de los barrotes, y antes de que el pájaro acabara de reírse, ya estaba otra vez en sus habitaciones. Matilde se volvió a acostar. Al otro día, todos los gorriones se habían vuelto caballos de tiro, y las carreteras estaban intransitables.

Cuando fué, como de costumbre, a jugar con la princesa, Matilde le preguntó de repente:

—Princesa, ¿por qué está usted tan delgada?

La princesa estrechó las manos de Matilde con verdadera emoción.

—Matilde — dijo con sencillez, — tiene usted un corazón muy noble. Nadie me ha preguntado jamás tal cosa, ni aun los que han intentado curarme. Y si a una no le preguntan ¿cómo va a contestar? Es una historia triste y trágica, Matilde. Tiempo atrás, yo estaba tan gorda como usted.

—Yo no estoy gorda —dijo Matilde, indignada.

—Bueno —dijo la princesa impaciente—, pues yo estaba bastante gorda. Y luego me puse delgada...

—Pero ¿cómo?

—Porque no me quisieron dar todos los días mi budín favorito.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Matilde—. ¿Y cuál es su budín favorito?

—El de pan y leche espolvoreado con hojas de rosa y pizcas de manzana.

Matilde fué, como es natural, a contárselo en seguida al rey; pero antes de llegar adonde él estaba, el Kakatukán se rió de nuevo. Cuando Matilde vió al rey, ya no estaba en disposición de pedir la comida, porque se había convertido en casa de campo repleta de adelantos modernos. Unicamente le reconoció Matilde, que se había sentado muy triste en el parque, por la corona que estaba de lado sobre una de las chimeneas y por el ribete de armiño que bordeaba la senda principal del jardín. En vista de ello encargó, bajo su responsabilidad, que hiciesen a la princesa su budín favorito, y toda la corte lo tuvo que comer a diario en adelante, hasta que no hubo palaciego que no aborreciese la leche y el pan y no prefiriese correr una porción de kilómetros antes de encontrarse con una pizca de manzana. A la misma Matilde le llegó a hartar, aunque, inteligente como era, conocía lo bien que le sentaban el pan y la leche.

Pero la princesa iba poniéndose cada vez más gruesa y más sonrosada. Tuvo que abandonar sus trajes de papel de seda, y luego tuvo que dejar los que antes le estaban anchos, y después los que ya había usado Matilde, y, por último, que mandarse hacer vestidos nuevos, y conforme iba tomando carnes, iba volviéndose afectuosa y Matilde llegó a sentir verdadera amistad por ella.

Un mes había estado el Kakatukán sin reírse.

Cuando la princesa llegó a ponerse todo lo gruesa que debe estar una princesa, Matilde se acercó a ella un día, y echándole los brazos al cuello la besó. Besóla también la princesa y dijo:

—Siento lo que ha ocurrido. Antes lo sentía igualmente, pero no quería confesarlo: ahora sí. El Kakatukán no se ríe nunca sino cuando le hacen cosquillas. Mas aún: detesta la risa.

—¿Y no le volverá usted a hacer cosquillas, verdad?

—No, claro que no —dijo la princesa muy sorprendida, — ¿por qué he de hacérselas? Cuando estaba delgada, sentía mucho rencor, pero ahora que ya estoy gruesa quiero ver a todo el mundo dichoso.

El Kakatukán mismo se desdobló: una mitad de él se volvió Tucán ordinario y vulgar, como el que habréis visto cien veces en el Jardín Zoológico, si os han juzgado dignos de visitar lugar tan distinguido, y la otra mitad se volvió gallo de veleta, de esos que, como sabéis, cambian constantemente y hacen cambiar al viento. De modo que no ha perdido del todo sus facultades; sólo que ahora, como está partido en dos, no hace falta risa para que emplee el poder que le resta. El pobre Kakatukán se ha reído, como cierto famoso rey de Inglaterra, no ha vuelto a sonreír desde aquel triste día.

El rey, agradecido, ordenó que Matilde y su aya fuesen conducidas a su casa con el ejército entero por escolta; los soldados ya no iban disfrazados de salchichas sino que lucían brillantes uniformes. Pero Matilde estaba como amodorrada: tanto tiempo había sido inteligente, que sentía cansancio, porque la inteligencia fatiga mucho, como sabréis por experiencia. Y también los soldados debían tener sueño, porque uno tras otro desaparecían, y cuando Matilde y el aya llegaron a su casa no quedaba más que uno, y resultó ser el guardia de la esquina.

Al día siguiente Matilde trató de hablar a Felisa de Tierra Verde y del Kakatukán y del rey-casa-de-campo, pero el aya la interrumpió:

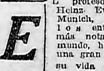
—¿Qué tonterías son esas? ¡Las niñas callan!

No quiso Matilde contar sus aventuras a los demás, porque todos en su casa creían que había pasado todo aquel tiempo con tía-abuela Pilar, y comprendió que si decía que no había estado allá la mandarían inmediatamente... lo cual no era muy halagüeño.

Muchas veces he tratado de que el aya Felisa se equivoque nuevamente de ómnibus, único medio posible de ir a Tierra Verde; pero sólo una vez lo conseguí, y entonces el ómnibus no fué a Tierra Verde, sino al Matadero municipal. Porque ninguna niña se ha de hacer la ilusión de que se puede ir a Tierra Verde más de una vez en la vida. Muchas hay que ni siquiera una vez han tenido la fortuna de ir.

Los Insectos aun los más Trabajadores, no Están Libres de Vicios

Este grabado presenta dos hormigas descansando después de la la comida; una hormiga niñera sacando de paseo a las pequeñuelas para que tomen el sol y varias hormigas cosiendo hojas, unas con otras, valiéndose de sus larvas como agujas y de las hebras de los capullos como hilos, además del corte longitudinal de un hormiguero.



EL profesor Hans Heinz Ewers, de Munich, uno de los entomólogos más notables del mundo, ha pasado una gran parte de su vida estudiando la vida de las hormigas, y acaba de publicar en Alemania un interesantísimo libro en el que da cuenta de asombrosos descubrimientos relativos a este insecto.

Quizá lo más curioso de la obra sea lo que se refiere a las "sirenas rubias", adoradas por las hormigas, y causa de su degeneración y hasta de su muerte.

Las "sirenas rubias" del reino de las hormigas son de dos clases: una en forma de escarabajo; la otra de piojillo. Las primeras se conocen con el nombre de Symphilia, huéspedes mimados en un nido de hormigas. Tan mimados son, que una vez dentro del hormiguero no se les ocurre salir de él, pues dentro encuentran cariño, atenciones y cuidados que en ningún otro sitio hallarían.

Estos bichitos tienen poros en varias partes del cuerpo y están cubiertos de una fina y hermosa caballera dorada. Los poros secretan un líquido que es para la hormiga lo que el alcohol para el borracho empedernido, o la valeriana para los gatos. Las hormigas se acercan a esos poros de vez en cuando para echar un trago, cuyo estimulante y embriagador para estos himenópteros.

El piojillo rubio es peor aun que la sirena. También cubiertos de pelo amarillo ,viven en los brotes de bambú y secretan un líquido tan agradable para las hormigas como el de la sirena rubia, pero aun más perjudicial.

La hormiga, sin embargo, no escarmienta. Al ver uno de esos seres corre tras él, lo alcanza y mama con deleite el jugo que secreta hasta que, borracha, cae la hormiga al suelo inconsciente. Entonces el piojillo se deja caer del bambú, se abalanza sobre la hormiga, y la vampiresa le chupa la sangre hasta que no deja sino su seco dermoesqueleto.

Los hormigueros son un modelo de arreglo y distribución.

Directamente debajo de la entrada se encuentra el cuerpo de guardia, donde fieros guerreros hacen centinela y examinan al que entra.

Alejandro Magno, Rey de Macedonia

Primeras empresas de Alejandro Magno, rey de Macedina—

A la muerte de Filipo ciñó la corona de Macedonia su hijo Alejandro, que tenía veinte años de edad, y que ya se había acreditado como militar y como político desempeñando altos cargos, entre ellos el gobierno del reino durante una ausencia de su padre. Propúsose desde luego llevar a cabo la guerra contra los persas que Filipo había proyectado; pero tuvo antes que reprimir varias rebeliones que estallaron a su advenimiento al trono. Fué una de ellas la de los tebanos, a quienes destruyó la ciudad después de una resistencia heroica que costó la vida a 6.000 de ellos (335 a. C.) Proclamado generalísimo de todos los pueblos griegos por la asamblea que había provocado en Corinto, invadió el Asia Menor al frente de 35.000 hombre de a pie y 5.000 de a caballo, después de dejar a Antipater de regente del Reino con un ejército de 20.000 hombres para que reprimiera cualquier insurrección que pudiera ocurrir durante su ausencia.

Era rey de los persas en aquella sazón Darío Codomano, elevado al trono el mismo año que Alejandro por los violentos y reprobados manejos del eunuco Bagoas, a quien tuvo que matar Darío para evitar que hiciera con él lo que había hecho con su predecesor. Hubiera Darío llevado la guerra a Macedonia para defenderse de la agresión de Alejandro, siguiendo los consejos de Memnón, muy hábil general rodío que tenía a su lado, pero el ataque de Alejandro fué tan rápido que no le dió tiempo para ello. El primer combate tuvo lugar en la orilla del Gránico, siendo vencido el ejército persa, a pesar de su enorme superioridad numérica sobre el macedonio (331 a 1).

Antes de penetrar en Persia quiso Alejandro asegurarse las espaldas conquistando toda el Asia Menor, lo cual llevó a cabo aquel mismo año.

Habiendo sabido en Capadocia la muerte de Memnón, el consejero de Darío, y seguro de la incapacidad de éste para hacerle frente, se dirigió a marcha forzada al Asia Alta, y habiendo encontrado al ejército persa en Issos, se riñó la batalla, en que no sólo fué vencido Darío, sino que dejó prisioneras en poder de Alejandro a su madre, mujer e hijas, a quienes trató Alejandro con toda consideración a que su alta categoría las hacía acreedores (333).

Conquista de Fenicia, Siria, Palestina y Egipto—

Retrocedió Alejandro después de vencido Darío, a quien dejó huir, y se apoderó de Siria, Palestina y Fenicia, si bien el sitio de Tiro, que estaba protegida por su flota y fundada en una península sólo unida al continente por una estrechísima lengua de tierra, lo detuvo siete meses, obligándole a ejecutar trabajos gigantesco para opoderarse de la plaza (333-332 a. C.)

Ese mismo año 332 en que tomó a Tiro, conquistó el Egipto sin dar siquiera una batalla, pues los egipcios ansiaban sacudir el yugo de los persas. Acabada esa conquista, en que se condujo habilísimamente, demostrando, para halagar a los egipcios, el mayor respeto y hasta entusiamo por su culto y sus creencias, fundó la ciudad de Alejandría, que estaba llamada a ser un emporio mercantil de primer orden, por hallarse situada en el punto de comunicación del mar Rojo con el Mediterráneo y en el de concurrencia de Asia, Africa y Europa.

Batalla de Arbelas, conquista del alta Asia y guerra con los escitas—

Al año siguiente penetró en Persia y ganó a Darío la batalla de Arbelas, la más famosa de la antigüedad, en que quedó decidida la suerte del imperio de los persas. Darío huyó a Media y desde allí a Bactriana, donde fué traidoramente muerto por su gobernador Besso (330). Alejandro entretanto se apoderaba de todas las grandes ciudades del Imperio, entre ellas Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana. Hízose después dueño, con una rapidez verdaderamente increíble, de todos los inmensos territorios que separaban a Media y Persia de la Bactriana, de esta última provincia y de Besso, su gobernador, que se había proclamado rey, y a quien había perseguido hasta el Cáucaso para vengar la alevosa muerte de Darío (329).

Para asegurarse el dominio sobre esos territorios fundó a orillas del Yaxartes otra ciudad también llamada Alejandría, hoy Candahar, y sometió después a los escitas que pretendieron sacudir el yugo que ellos voluntariamente se habían impuesto poco antes reconociéndose por súbditos.

Esta última empresa le captó la admiración de todo el mundo, pues los escitas por su sistema de combatir y por las condiciones de su territorio estaban reputados por invencibles.

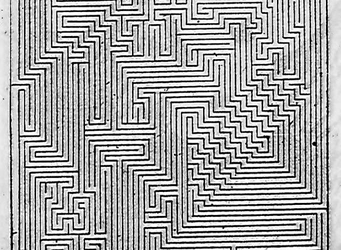
Expedición a la India—

El año 327 emprendió la conquista de la India al frente de 120.000 hombres, de los que sólo una pequeña parte eran griegos y macedonios, habiendo sacado los demás de la Bactriana, la Sogdiana y otras provincias de las que había conquistado. Fué sujetando a multitud de pueblos y reyes hasta llegar al río Indo, que pasó; venció después en batalla campal a Poro, rey poderoso de una vasta comarca de allende el río Hidaspo, afluente del Indo, y quiso entonces dirigirse hacia el Ganges; pero el cansancio de sus tropas después de esa rudísima campaña en el período de las lluvias le obligó a volverse. Bajó el río Hidaspo hasta su confluencia con el Indo; dejó fundada otra ciudad llamada también Alejandría (*), se embarcó en el Indo hasta salir al mar, y desde allí emprendió la vuelta por tierra a Babilonia, mientras su almirante Nearco iba costeando la región desde las bocas del Indo hasta las del Tigris y Eufrates (326).

Ya de regreso en Babilonia adoptó importantísimas reformas en el gobierno y administración de sus Estados: construyó allí un inmenso puerto en que podían fondear mil naves, después de hacer navegables al Tigris y al Eufrates hasta sus bocas, e ideó realizar multitud de empresas gigantescas, cuales eran las de bojear toda el África con sus flotas, repitiendo el viaje llevado a cabo por los fenicios en tiempo de Necao, conquistar toda la ribera septentrional de ese continente, y volver a Macedonia por la Iliria y el Epiro después de haber conquistado todas las comarcas occidentales de Europa, comenzando por España; pero a todos esos planes puso término la muerte, que le ocurrió después de once días de enfermedad en la misma ciudad de Babilonia a los treinta y tres años de su edad y trece de su reinado (21 abril de 323 a. C.)

(*) Cuetan algunos historiadores y geógrafos sesenta ciudades de ese mismo nombre, de las cuales muy pocas lo conservan. De ellas la más conocida y famosa es la Alejandría de Egipto.

EL LABERINTO CUADRADO



Este laberinto es de los de tipo cuadrado, como se los denomina comúnmente. Hay que entrar por la parte inferior, atravesar el dibujo y salir por la inferior, según lo indican las flechas. El asunto es menos complicado de lo que parece.

¿DONDE ESTA EL PAJARO?



Este mono, encaramado en un árbol, está mirando a un pájaro. ¿Cuál de nuestros lectores será capaz de encontrarlo?

Un Montón de Cosas

LA LIEBRE Y LOS GALGOS

Este juego, que es muy interesante, se puede jugar con las piezas de un tablero de damas; la liebre una negra, y cuatro blancas los galgos.

Estas piezas se ponen sobre los cuadros negros en un lado del tablero y la liebre se coloca en uno de los cuadros negros del lado opuesto.

Trátase de que los galgos cerquen y acorralen a la liebre en tanto que ésta se esfuerza por romper la línea de aquéllos, en cuyo caso ha ganado. Se mueve como en el juego de damas, es decir, en diagonal de un cuadro a otro; pero mientras los galgos sólo pueden avanzar, la liebre puede ir adelante y atrás, como una dama. En este juego no se "mata" ninguna pieza y los galgos vencen casi siempre.

Jugando con los galgos procuraremos siempre conservar una línea recta y adelantarles de este modo, pero si se juega con la liebre, deberemos moverla de otro modo para confundir a nuestro contrincante e impedirle la colocación en línea recta.

El menor error de los galgos dejará escapar la liebre.

BREGUNTA CON RESPUESTA

¿Por qué ven en la obscuridad los tigres y los gatos?

Dejemos sentado, ante todo, que nadie en absoluto, puede ver si la obscuridad es completa, o, lo que es igual, si no existe luz alguna; pero de ordinario, cuando hablamos de obscuridad queremos decir que hay tan poca luz que apenas podemos ver nada.

Esto sucede porque nuestros ojos están hechos de tal modo, que no pueden adaptarse a ver cuando la claridad es muy escasa; pero ciertos animales poseen la facultad de dilatar tanto sus pupilas, que aprovechan todos los rayos de luz que les rodean. Así ocurre con los gatos; y, si observáis, veréis cómo se agrandan sus pupilas. Por ese medio, el ojo percibe la mayor cantidad posible de luz, y por eso el gato, y los demás animales dotados de ojos semejantes, pueden ver en la semiobscuridad mucho mejor que nosotros.

LA CAZA DEL CIERVO CON AROS

Para este juego son necesarios mucho espacio y muchos jugadores.

Se elige el mejor corredor y se le deja partir unos momentos antes que a los demás. Este jugador representa al ciervo que se trata de cazar.

Los demás corredores, haciendo correr también sus aros, representan los perros, que han de efectuar la caza.

El juego consiste en interceptar el paso del "ciervo", rodándolo y evitando que pueda seguir corriendo el aro, por impedírselo, el cerco, cada vez más estrecho, que formen los "perros".

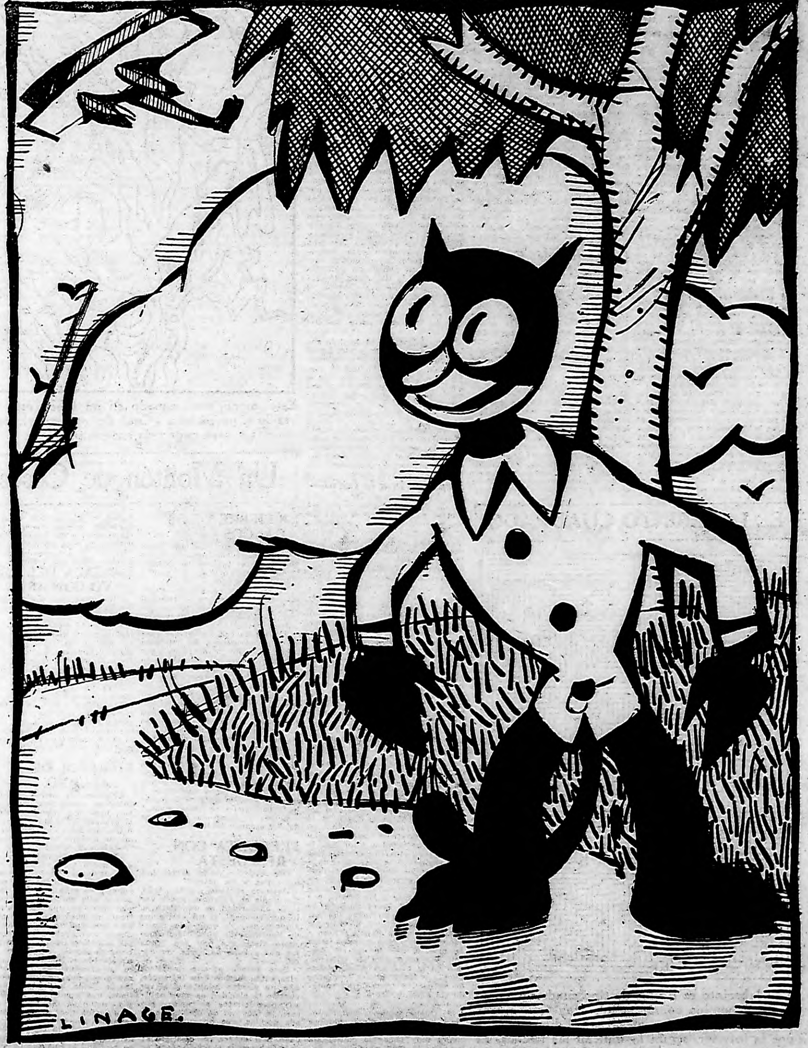
EL ARBOL DE SATURNO

El plomo, lo mismo que el estaño, es susceptible de cristalizar, operando sobre sus disoluciones con un metal menos oxidable. La cristalización del plomo, se designa con el nombre de "Arbol de Saturno".

Veamos cómo se efectúa este experimento:

Disuélvanse treinta gramos de acetato de plomo en un litro de agua, y se echa la disolución en una vasilla esférica o cilíndrica, por ejemplo: una pecera o un frasco de boca ancha, que se tapará bien con un pedazo de cinc, donde van enclavados cinco o seis alambres de latón, separados unos de otros. Sumergido este sistema en el líquido, bien pronto los alambres de latón empiezan a cubrirse de unas lentejuelas de plomo, brillantes y cristalinas, que aumentan en número y volumen de día en día. Los alquimistas que ya conocían este experimento, creían que allí se verificaba una transformación del cobre en plomo, mientras que en realidad lo que sucede es que un metal reemplaza al otro.

EL PROBLEMA QUE PREOCUPA AL GATO CON BOTAS, por LINAGE



—¿Qué clase de gatos serán los que se comen los pájaros de esta familia?...